

# LA CONSTRUCCIÓN DE LA LITERATURA NACIONAL

CECILIA COLÓN\*

Después del movimiento armado denominado como Guerra de Independencia, el país quedó consternado y confundido, había que levantarlo, reconstruirlo a partir de nuevas formas de pensar, de sentir, de gobernar y de entender una realidad que se había transformado por completo. Pasarían todavía muchos años antes de lograr la tan ansiada paz. Había que hacer antes muchas cosas al mismo tiempo para “inventar” a este naciente país que iniciaba la difícil tarea de encontrarse y formarse a sí mismo desde todos los aspectos. Quizás uno de los más importantes fue la construcción de una literatura propia, una literatura realmente nacional con la que los mexicanos nos pudiéramos sentir plenamente identificados. Muchos de los escritores decimonónicos tomaron conciencia de esta búsqueda y hacia ella encaminaron sus más grandes esfuerzos, pues sabían que sin esta literatura nacional sería difícil identificarnos todos como mexicanos.

Veamos, pues, cuál era la situación en el aspecto literario de ese siglo XIX.

## LAS ASOCIACIONES LITERARIAS

En medio de los constantes conflictos bélicos que hubo en nuestro país a lo largo del siglo XIX, en México se fundaron varias sociedades literarias.<sup>1</sup> En ellas se reunían jóvenes con la finalidad de platicar sobre el acontecer del momento, externar sus opiniones y puntos de vista con entera libertad y someter a la crítica de los demás sus textos. Dentro de estas tertulias se leía lo que escribían –casi siempre composiciones en prosa y verso–, se criticaba y este ejercicio ayudó a que se fuera creando una literatura nueva, fresca y auténtica, pues tocaban los temas que les eran cercanos y familiares. Cabe resaltar que no todos los miembros de estas asociaciones eran jóvenes: algunos ya eran más maduros, con más experiencia en la escritura y servían de guía para quienes se iniciaban en el campo de la crítica y las

<sup>1</sup> Durante este siglo también hubo sociedades que combinaban los intereses científicos con los literarios, a veces sólo eran científicas, en algunas ocasiones el interés era de índole cultural o político, en fin, que hubo muchos motivos para formarlas. En la introducción de su libro *Las asociaciones literarias mexicanas*, Alicia Perales da un claro panorama de todo esto.

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

letras: estaban sentando las bases de lo que sería la literatura durante ese siglo XIX.

Alicia Perales agrega que:

La reseña histórica de las asociaciones literarias de México, durante la centuria pasada, constituye de hecho la crónica de las letras patrias. Puede aceptarse tal afirmación si se tiene en cuenta que los principales escritores del siglo XIX participaron en estas agrupaciones, y que casi no hubo escritor de esa época que no tuviera conexión con algunas de las asociaciones literarias de su tiempo. De ahí la necesidad de destacar la función que desempeñaron las agrupaciones literarias y las actividades que realizaron sus miembros en el campo de las letras.<sup>2</sup>

Muchos de los escritores que pertenecieron a estas asociaciones, además de ser literatos, eran políticos que, preocupados por rehacer a este país que estaba en plena efervescencia tanto política como social, buscaban la manera de darle la unidad y la personalidad definidas que tanto se necesitaban.

Sin lugar a dudas, la Academia de San Juan de Letrán fue una de las más famosas y la primera que inició esta tradición. Hija directa del Colegio de San Juan de Letrán, de aquí su nombre, se fundó en 1836. Alicia Perales<sup>3</sup> explica que al principio un grupo de jóvenes se reunía en el cuarto del maestro José María Lacunza para escuchar sus disertaciones sobre literatura; estas reuniones informales llegaron a constituirse

en una asociación<sup>4</sup> a la que poco a poco se fueron uniendo otros jóvenes que tenían las mismas inquietudes y el mismo afán de que este país superara la crisis en la que estaba inmerso. Algunos de sus miembros fueron, además de José María, su hermano Juan Nepomuceno Lacunza, José María Roa Bárcena, Manuel Carpio, Francisco Ortega, José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón, Guillermo Prieto, Andrés Quintana Roo e Ignacio Ramírez *el Nigromante*, entre otros.

Al respecto, Fernando Tola de Habich agrega:

[La Academia de Letrán] es un proyecto literario consciente, concreto, congruente y nacional. Ellos sabían perfectamente lo que estaban tratando de hacer. En este aspecto no hubo la menor inocencia ni la menor ingenuidad. A partir de la Academia de Letrán ya no es posible discutir sobre la mexicanidad o el españolismo de cualquier escritor mexicano: ellos son deliberadamente mexicanos.<sup>5</sup>

Los temas sobre los que escribieron fueron: la conquista española, la guerra de Independencia y el mundo indígena remoto,<sup>6</sup> entre otros.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>3</sup> *Cfr. ibid.*, pp. 74-81 y Fernando Tola de Habich, "Introducción" en *El Año Nuevo de 1837*, p. XII.

<sup>4</sup> Fernando Tola de Habich, en la "Introducción" ya mencionada, agrega lo siguiente: "Bastaba que se juntaran cuatro gatos para leer sus poemas, sus cuentos, sus piezas de teatro, y de inmediato nombraban un presidente, un secretario y pronunciaban discursos. Todo el siglo XIX fue de una solemnidad formal increíble.", p. XIII.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. XXVI.

<sup>6</sup> *Cfr.* Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía*, p. 22.

Otra de las asociaciones que hizo historia fue el Liceo Hidalgo,<sup>7</sup> fundado en 1849.<sup>8</sup> Fue el heredero de la Academia de San Juan de Letrán, cuando ésta se disolvió debido a la desaparición de varios de sus miembros, motivada por la lucha armada de 1847. Uno de sus dos grandes promotores fue Francisco Zarco, desde esta fecha hasta su muerte en 1869. En estas veladas literarias se maduró el proyecto que finalmente cristalizó en el periódico literario *El Renacimiento*: “Para el arte no debe haber fronteras. Todo el que tenga algo que decir podrá hacerlo desde las columnas de este semanario de nombre simbólico”,<sup>9</sup> era el argumento de Ignacio Manuel Altamirano, el otro gran promotor de esta asociación, para aceptar como colaborador a todo aquel que quisiera exponer sus ideas sin importar su filiación política. Fundado y dirigido por él con el objetivo de hacer resurgir las letras mexicanas, en este periódico reúne a los escritores de todas las tendencias; lo importante era la preocupación común de iniciar una literatura nacional. Este Liceo, al igual que varios de los subsecuentes, fueron fuertemente apoyados por

Altamirano,<sup>10</sup> quien se convirtió en el mentor y guía de casi todos los jóvenes de finales del siglo XIX.

Algunos de los miembros más sobresalientes, además de Altamirano, fueron: Guillermo Prieto, Luis G. Ortiz, Vicente Riva Palacio, Enrique de Olavarría y Ferrari, Ignacio Ramírez, Justo Sierra, José Tomás de Cuéllar y José María Roa Bárcena, entre otros. Los temas recurrentes en sus textos fueron: la época colonial, la guerra con Estados Unidos y Francia, el santanismo, la didáctica moral y los dramas pasionales.<sup>11</sup> Cabe destacar que mientras en esta asociación literaria Vicente Riva Palacio todavía era un joven, en las siguientes, tanto el Liceo Mexicano como el Liceo Hidalgo,<sup>12</sup> él ya sería uno de los escritores con experiencia que apoyaría a los que empezaban.

Finalmente, el 5 de febrero de 1885, se fundó el Liceo Mexicano, formado por el propio Altamirano, que dirigía al grupo de jóvenes de ese momento: Luis González Obregón, Genaro García, Toribio Esquivel Obregón (primo de Luis González Obregón), Ezequiel A. Chávez, Ángel de Campo y Alberto Michel, entre otros. Al igual que en los casos anteriores, la influencia de Altamirano fue determinante y decisiva en cuanto a la duración de esta Asociación. En 1889, cuando inició su misión diplomática en Europa, las reuniones se espaciaron, para finalizar en 1893 con la muerte del maestro.

<sup>7</sup> Con respecto al origen del nombre, transcribo la nota que encontré en *Varietades de la civilización*: “[El Liceo Hidalgo] no recibió este nombre sino un mes después en que el señor general Tornel propuso que se le pusiese Liceo Hidalgo, quitándole el de Academia de Bellas Letras que tenía”, p. 43.

<sup>8</sup> En *La misión del escritor*, Rossi Vergara, al hacer la presentación del discurso de Francisco González Bocanegra, dice que el Liceo Hidalgo fue fundado en 1849 y no en 1850 como erróneamente se ha consignado, cuando González Bocanegra dice su “Discurso sobre la poesía nacional” en 1850, lo hace para conmemorar el primer aniversario del Liceo, p. 143.

<sup>9</sup> Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, p. 116.

<sup>10</sup> Cabe aclarar que Ignacio Ramírez tomó parte activa en varias de estas asociaciones, de hecho, él fue maestro de Altamirano y éste, a su vez, le pasaría la tarea y la responsabilidad a Justo Sierra.

<sup>11</sup> Cfr. Carlos Illades, *op. cit.*, p. 22.

<sup>12</sup> El 24 de septiembre de 1885, Riva Palacio fue nombrado presidente del Liceo Hidalgo.

Debido a la difícil situación política y económica por la que atravesaba el país y a la desorganización y la intranquilidad constantes, intentar sistematizar la enseñanza y la publicación de textos literarios se hacía cada vez más difícil y complicado, a tal grado, que estas asociaciones

Eran un centro de descanso, de ilustración y de camaradería, y no será exagerado afirmar que la mayor parte de las veces fueron verdaderos centros de docencia literaria y que, por la naturaleza de las lecturas y discusiones que en ellas se efectuaron, desempeñaron el papel de una escuela de enseñanza superior o de formación cultural [...]. Estas discusiones fueron verdaderas cátedras de donde recibieron lo mejor de su formación muchos escritores mexicanos.<sup>13</sup>

Una de las características que hicieron tan famosas a estas asociaciones literarias y que ayudaron a la formación de los escritores fue que cada una de ellas, al momento de su inicio, tenía siempre como finalidad publicar una revista; en aquel tiempo se incluía poesía, cuento, teatro y crónica periodística, algunas traducciones de novelas o cuentos europeos hechas por los propios miembros, y la novela por entregas imitando el modelo europeo. De esta manera, estas publicaciones facilitan el conocimiento de lo que se escribió durante ese siglo XIX y el acontecer político y social que se vivía.

## EN BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Benedict Anderson habla de la importancia e influencia que ha tenido la literatura en la identidad de las naciones. La invención de la imprenta en el siglo XVI ayudó a acrecentar la cantidad de libros que se podían hacer, facilitando con esto que más gente tuviera acceso a ellos. El latín, que en esa época era prácticamente el idioma oficial al escribir, comenzó a ser desplazado poco a poco por las lenguas vernáculas como el francés y el español, entre otras; dando como resultado que la literatura fuese más accesible, pues se escribía en un idioma más cercano a la gente, es decir, en el que hablaba y entendía. Anderson menciona como ejemplo que cuando Martín Lutero protestó contra la Iglesia católica, escribió sus tesis en alemán y pegó las hojas en las puertas de las iglesias; de esta forma, quienes sabían leer se enteraron de lo que él estaba haciendo y de los motivos de su protesta. La gente comenzó a valorar su propio idioma, el que lo distingue de los demás y con el que se identifica plenamente, y la consecuencia de este hecho fue el nacimiento de una identidad nacional asociada a la lengua y a la literatura.<sup>14</sup>

En México, la lucha por la Independencia había dejado un vacío de identidad. La gente no se sentía identificada con lo indígena ni tampoco con lo español. Los héroes de la Independencia todavía no adquirirían el tono de héroes inmaculados, por lo tanto, lo que quedaba como motivo literario auténticamente mexicano era

<sup>13</sup> Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, p. 41.

<sup>14</sup> V. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, pp. 63-76 *passim*.

el paisaje,<sup>15</sup> además de las costumbres. Por esta razón, la búsqueda de la identidad y la conciencia nacionales fue incesante en muchos escritores y políticos decimonónicos que estaban conscientes de que mientras esto no se diera, sería muy difícil unificar al país. Para comenzar a armar el concepto de México, fue vital que todos se sintieran pertenecientes a un mismo lugar y miembros de una colectividad que tenía mucho en común: el objetivo era intentar unificar al país y darle el concepto de nación.<sup>16</sup>

Como escribe Altamirano:

La juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan.<sup>17</sup>

Era una época en la que el mismo que esgrimía una espada para defender una causa en el campo de batalla, tomaba la pluma en el papel como diputado o senador para defender sus ideas en el campo de batalla llamado Congreso o a través de la literatura en artículos publicados por

los periódicos y las revistas. Altamirano, preocupado por esto, manifestó en sus escritos estas ideas: “deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos la tienen, los cuales también estudian los monumentos de otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente”.<sup>18</sup>

Una de las grandes aportaciones de las asociaciones literarias fue, como ya se dijo, la formación de una literatura propia que con el tiempo pudiera llamarse nacional. Los escritores que estuvieron involucrados en ellas a lo largo de todo el siglo XIX, sentaron las bases de la literatura que nos daría el sello personal e individual como nación, aquella que mostraría nuestra idiosincrasia, nuestra forma de ser y que denunciaría, al mismo tiempo, los problemas de nuestra sociedad para buscar las soluciones que nos harían una nación fuerte e independiente. Se buscaba lograrlo mediante el color del paisaje mexicano, retratar o mostrar las costumbres, lo que después daría por resultado los cuadros de costumbres y la corriente costumbrista en cuentos y novelas; el sincretismo de las raíces indígenas con las españolas, lo que implicó que se tocaran temas indígenas en la literatura, aunque de una forma muy idealizada, como *Netzula* (1832)<sup>19</sup> de José

<sup>15</sup> Cfr. José Ortiz Monasterio, “Patria”, *tu ronca voz me repetía...* p. 55.

<sup>16</sup> Si bien es cierto que este proyecto unificador de nación era de origen liberal, existía la exclusión de los pueblos y comunidades indígenas, quienes durante la Colonia fueron tomados bajo la protección de la Corona y, posteriormente, con la Guerra de Independencia, los gobiernos subsecuentes los relegaron. Sin embargo, su presencia fue retomada por algunos literatos, aunque de manera muy idealizada. Cfr. Luis Villoro, *Del estado homogéneo al estado plural*.

<sup>17</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional*, p. 7.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>19</sup> Durante mucho tiempo se pensó que esta novela corta era de la autoría de José María Lafragua, pues cuando apareció en *El Año Nuevo de 1837* sólo estaba firmada con las iniciales J.M.L., pero Celia Miranda Cárabes en su libro *La novela corta en el primer romanticismo* y Ángel Muñoz Fernández en *Los muchachos de Letrán: José María Lacunza. Estudio y recopilación*, entre otros, deslindan la verdadera paternidad del texto. Por otro lado, *Netzula* aparece fechada en 1832, aunque se publicó hasta 1837.

María Lacunza (1809-1869), en un afán por fusionar el presente con el pasado y que le diera voz al mexicano que ya se había independizado y que buscaba su propia identidad. Como escribe José Luis Martínez:

La respuesta no podía ser más que una: volver los ojos hacia lo propio de América y hacia lo nacional. Cuando ese objetivo se conquistara, la literatura de nuestros pueblos merecería llamarse independiente y original.<sup>20</sup>

Francisco Monterde también argumenta que “la literatura es la forma de expresión usual con que la cultura se manifiesta y transmite”,<sup>21</sup> esto se puede ver en la sucesiva apertura de periódicos y revistas; aunque muchos de ellos morían al poco tiempo, siempre hubo una tenacidad para fundar más, pues la lectura es el vehículo idóneo para transmitir las ideas y en ese siglo XIX, había muchas en México. Como escribe José Ortiz Monasterio: “Hace falta todavía mucha investigación [...] para hacer comprender la importancia estratégica de la invención literaria [...] en la formación del Estado mexicano moderno”.<sup>22</sup> Quizás todavía falta estudiar más, pero no podemos pasar por alto que, como dice Anderson, antes de que una nación exista es necesario imaginarla, “inventarla” para después poder llevarla a la realidad.

José Luis Martínez opina que “se intenta una literatura que exprese el paisaje y

las costumbres nacionales”<sup>23</sup> como un primer acercamiento a esta constante búsqueda de lo nacional. La novela ayudó mucho a que esto se lograra, pues “fue considerada como un medio poderosísimo para influir en las masas”,<sup>24</sup> gracias a ella se revalora la geografía nacional. Recordemos que en el romanticismo que imperaba en este momento, la descripción del paisaje es una característica esencial, podemos decir que es otro personaje más que ayuda a darle énfasis a las acciones y sentimientos que se describen. Los escritores decimonónicos aprovecharon esta oportunidad para llegar a más gente y lo consiguieron.

La literatura misma fue uno de los temas recurrentes en sus disertaciones, por ejemplo: Francisco Ortega: “Sobre el porvenir de la literatura”; Francisco Zarco: “Discurso sobre el objeto de la literatura”; José María Lafragua: “Carácter y objeto de la literatura”; Luis de la Rosa: “Utilidad de la literatura en México”.<sup>25</sup> Todos, en mayor o menor medida, necesitaban explicar y explicarse qué pasaba con la literatura nacional, cuál era el rumbo que tomaría, cuáles los temas que interesaban y por qué; en una palabra, hacer un alto y reflexionar acerca de lo que pasaba alrededor y dentro de ese México tan caótico y cambiante.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> José Luis Martínez, *La expresión nacional*, p. 26.

<sup>24</sup> José Ortiz Monasterio, *op. cit.*, p. 165.

<sup>25</sup> Al respecto puede consultarse el libro *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, coordinado por Jorge Ruedas de la Serna. En él se recopilan los ensayos que menciono y que se hicieron con la finalidad de explicar cómo era la literatura nacional. Además hay un pequeño comentario crítico por parte del grupo que realizó la tarea de recopilar todos estos textos.

<sup>26</sup> Al hacer esta investigación, llegó a mis manos un texto curioso, cuyo pie de imprenta dice así:

<sup>20</sup> José Luis Martínez, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, p. 92.

<sup>21</sup> Francisco Monterde, *Aspectos literarios de la cultura mexicana*, p. 11.

<sup>22</sup> José Ortiz Monasterio, *op. cit.*, pp. 55-56.

Ahora bien, hubo varios escritores que se ocuparon de escribir sobre el pasado prehispánico para rescatarlo, reinventándolo en un marco romántico de sentimientos, paisaje y costumbres. Este es un tema importante dentro del romanticismo, pues esta búsqueda contribuye a darle una personalidad más definida a este naciente país y, sobre todo, trata de abundar en un origen al cual asirse que influya en la identificación de los elementos propios de México.

Otro pasado que también se reescribió fue el colonial: la Santa Inquisición, los virreyes y todos los personajes españoles, criollos y mestizos que vivieron en nuestro país y que fueron los protagonistas de muchas novelas, pero la finalidad de hacerlo fue mostrar esa parte de la historia que estos intelectuales querían recalcar para poder separarse de ella; ellos pensaban que “reviviendo”, por medio de la literatura, los horrores que habían cometido la Santa Inquisición y el gobierno colonial, sería más fácil hacerlos a un lado y utilizarlos para recalcar lo negativo que quedó atrás con la Independencia y darle más valor a la libertad que empezaba a respirarse en México con el nuevo gobierno.

---

*Varietades de la civilización*, tomo 1, Imprenta de Juan N. Navarro, 1852. Al parecer fue una revista que no duró mucho, el tomo que poseo está conformado por relatos, poesía y varios discursos “Pronunciados en la Academia de Literatura de san Juan de Letrán y en el Liceo Hidalgo, por Francisco Granados Maldonado, socio de estas y otras sociedades científicas y literarias de la república”, en ellos, el autor habla de la influencia de la literatura cristiana y de los clásicos griegos y romanos dentro de la literatura nacional, utiliza un lenguaje grandilocuente y esmerado, como se acostumbraba en aquella época, pero presenta conceptos interesantes.

Los principales exponentes de la temática colonial fueron: Justo Sierra O'Reilly (1814-1861) con *La hija del judío* (1848); Vicente Riva Palacio (1832-1896) con *Monja y casada, virgen y mártir* (1868) y *Martín Garatuza* (1868), entre otras; Eligio Ancona (1836-1893) con *El filibustero* (1864) y *Los mártires de Anáhuac* (1870), entre otros escritores. Ellos cristalizaron esta preocupación y ayudaron a la reconstrucción de ese pasado que se necesitaba explorar para entendernos mejor y que tiene que ver con un sentimiento de pertenencia, pero que también ayudó para poder hacer una crítica más fuerte y unir el pasado indígena con el presente así como superar el colonial para darle a todo un solo nombre: la historia de México. Este concepto lo encierra perfectamente Riva Palacio en su célebre frase: “Ni rencores por el pasado ni temores por el porvenir” para explicar que él no buscaba venganza, sólo el bienestar de la nación.

Esta identidad nacional comenzó a construirse en el siglo XIX y fue importante porque ayudó al nacimiento de nuestra nación actual. Lo que hoy somos: bueno y malo, se inicia aquí, ciertamente hubo errores, exclusiones, pero era un inicio, un principio que nos permitiría sentirnos orgullosos de ser mexicanos y tener una literatura nacional con la que nos sintiéramos identificados, pues nos mostraría lo que somos a través de las palabras.■



## BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Ignacio Manuel. *La literatura nacional, Revistas, ensayos, biografías y prólogos*. tomo I. ed. y prol. José Luis Martínez. 2ª. ed. México, Editorial Porrúa, 2002 (Colección de Escritores Mexicanos, 52).
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. trad. Eduardo L. Suárez. 3ª. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 2006 (Colección popular, 498).
- Illades, Carlos. *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México, CONACULTA, 2005 (Sello Bermejo).
- Jiménez Rueda, Julio. *Letras mexicanas en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Colección popular, 413).
- Martínez, José Luis. *La expresión nacional*. México, CONACULTA, 1993 (Cien de México).
- . *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*. México, Editorial Joaquín Mortiz, 1972 (Cuadernos de Joaquín Mortiz, 19).
- Miranda Cárabes, Celia. *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, estudio preliminar, recopilación, ed. y notas Celia Miranda Cárabes. Ensayo Jorge Ruedas de la Serna. México, UNAM, 1985 (Nueva Biblioteca Mexicana, 96).
- Monterde, Francisco. *Aspectos literarios de la cultura mexicana*. prol. Evodio Escalante. México, UNAM/Universidad de Colima, 1987 (La crítica literaria en México, 8).
- Muñoz Fernández, Ángel. *Los muchachos de Letrán: José María Lacunza. Estudio y recopilación*. México, Factoría Ediciones, 1997.
- Ortiz Monasterio, José. “Patria”, tu ronca voz me repetía... *Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*. México, UNAM/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 32).
- Perales Ojeda, Alicia. *Las asociaciones literarias mexicanas*. Presentación Fernando Curiel Defossé. 2ª. ed. corregida y aumentada. México, UNAM, 2000 (Idea y regreso al siglo XIX).
- Ruedas de la Serna, Jorge (compilador). *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM, 1996 (Idea y regreso al siglo XIX).
- Tola de Habich, Fernando. “Introducción” en *El Año Nuevo de 1837*. tomo I, edición facsimilar. México, UNAM, 1996. págs. IX-CXXXV.
- Variedades de la Civilización*. Nueva época, Tomo II, Imprenta de Juan N. Navarro, México, 1852.

## MEDIOS ELECTRÓNICOS

- Valverde Téllez, Emeterio. *Capítulo X, Ediciones de las obras de Balmes y de otros apologistas católicos*. En línea <http://www.filosofia.org/aut/001/ev190409.htm> (15 de marzo del 2009).
- Villoro, Luis. *Del estado homogéneo al estado plural (El aspecto político: la crisis del Estado-Nación)*. En línea [www.bibliojuridica.org/libros/1/98/6.pdf](http://www.bibliojuridica.org/libros/1/98/6.pdf) (28 de mayo del 2009).